

cia, no contento con aplicarse á estar mas unido á Dios, á hacer mejor todas las cosas, á proseguir con mas ardor aún la propagacion y el desarrollo de su nueva cofradía, visitaba los lugares vecinos á Annecy, catequizando á los niños, instruyendo á los aldeanos, cuya ignorancia en materia de religion le afligia profundamente; y aquellos buenos campesinos, movidos de la dulzura, de la caridad y del celo del nuevo apóstol, le escuchaban con tan buena voluntad, que tuvo el consuelo de ver un cambio sensible en todo el país. El Obispo de Ginebra creyó que, en interés de la Iglesia, era en él un deber elevar lo mas pronto posible al sacerdocio á un diácono tan fervoroso, y le mandó prepararse á recibir las Ordenes en las Témporas del Adviento. El santo diácono obedeció, y el sábado 18 de diciembre inclinó la cabeza bajo la mano del pontífice que le consagraba sacerdote. No trataremos de contar cuál fue su fervor durante esta augusta ceremonia; es un secreto de Dios y de sus ángeles: lo único que podemos decir es que, viéndole tan profundamente abismado en la meditacion de la sublime dignidad que le habia sido conferida, el Obispo derramaba lágrimas de ternura, y todos los asistentes, llenos de admiracion, creian ver en él un serafin mas que un hombre mortal (1). «A partir de este día, dice el P. la Rivière en su antiguo y piadoso lenguaje (2), se entregó enteramente á la vida interior y pacífica.» Lleno de un soberano respeto al carácter sacerdotal, y de admiracion á la soberana Bondad á quien era deudor de tan señalado beneficio, estaba tan vigilante sobre sí mismo, que se reconocia claramente que se habia cambiado en otro hombre; lo que se hacia sensible en su rostro, en sus ojos, en su hablar, en su aspecto, en todas sus acciones, en las cuales brillaba un no sé qué de angelical y divino, que obligaba á las personas con una dulce violencia á amarle, honrarle y estimarle.

(1) Carlos Aug., p. 81.

(2) Idem, p. 112.

LIBRO SEGUNDO.

Desde la promocion de San Francisco de Sales al sacerdocio en 1593, hasta su eleccion para la coadjutoría de Ginebra en 1598.

CAPITULO I.

Su primera Misa, y principios de su ministerio. Rasgos notables de su ciencia teológica. Se trata de indisponerle con el Obispo de Ginebra. Peregrinacion á Aix de Saboya.

(Años 1593 y 1594.)

Francisco de Sales, elevado al sacerdocio, no se atrevió á subir al altar desde el dia siguiente de haber sido ordenado, sino que creyó deber prepararse para ello con un retiro de tres dias. En él formó tres resoluciones dignas de la elevada idea que habia concebido del sacerdocio. La primera fué acompañar todas sus acciones del mismo espíritu de religion que en el altar, y hacer de todos los momentos del dia una preparacion continua al sacrificio del dia siguiente, de modo que pudiese responder con verdad si le pedian cuenta de su conducta: «Me estoy preparando para celebrar la Misa.» La segunda fué, no subir nunca al altar sino con las mismas disposiciones en que quisiera estar para morir y comparecer ante Dios. La tercera, por último, fué unirse en todo á Jesucristo, sumo sacerdote, por el recogimiento del amor y la imitacion de sus ejemplos; pues decia, que incorporándose el sacerdote á Él en el Sacramento del altar, es necesario que se identifique con Él; y para que Dios se complazca en identificarse con nosotros, es necesario que nos hagamos en todo semejantes á Dios: para vivir y permanecer con Él, debemos vivir como Él. «¡Dios mio! añadia, cuando pienso en estas verdades, me parece que mi pobre corazon va á estallar y á decirme: ¡Ah! ¡viva Jesus! porque yo no quiero ni puedo

»vivir sino para Jesus. ¡Ah, Jesus mio! ¿Qué somos nosotros? ¿Cuándo seremos como vuestra Santísima Madre, que llevándoos en su seno vivió como deben vivir todos los que os reciben en el augusto sacramento de la Eucaristía?» Al decir esto, advierte un historiador, gruesas lágrimas caían de sus ojos, y las enjugaba, exclamando que lloraba de alegría, y no podía evitarlo tratándose de tan dulce asunto (1).

Otro rasgo nos hará conocer mejor aún el concepto que formó en su retiro de la santidad del sacerdocio. Se le hablaba de un nuevo sacerdote que acababa de decir su primera Misa. «¡Oh Dios mio! dijo, ¡qué feliz es ese hombre! Ahora ya no puede pensar mas que en servir á Dios, y le es casi imposible pecar.» Mas como le dijeran que el altar no hace impecables, y que aquel sacerdote podia caer como antes; «los que hablan así, respondió, no saben lo que es ser sacerdote, lo que es tener entre las manos y recibir todos los dias el cuerpo de Jesucristo. No merece el nombre de sacerdote el que no es tan puro como un ángel.» (2)

Los frutos preciosos que Francisco recogió de su retiro, le hicieron comprender cuán importante es preparar su alma para recibir gracias; y esta esperiencia le inspiró en lo sucesivo, en union con Santa Juana Francisca, la idea de establecer en el instituto de la Visitacion un retiro de tres dias, antes de las principales fiestas del año (3).

Preparado así, Francisco de Sales celebró solemnemente el 21 de diciembre, fiesta de Santo Tomás, su primera Misa en la catedral de Annecy. No solamente sus parientes, sino aun el Obispo de Ginebra y varias personas de distincion quisieron asistir á ella, y todos quedaron grandemente edificados; y al ver en el altar á aquel

(1) El P. Talon, p. 36 y sig.

(2) Idem, p. 35.

(3) Año santo de la Visitacion, 19 de diciembre.

sacerdote tan modesto y tan recogido, se sintieron penetrados de una dulce veneracion, como si estuvieran en presencia de un ángel (1).

Despues de haber celebrado tan piadosamente por la mañana, el nuevo sacerdote ofició por la tarde en las Vísperas, é invitado á predicar, habló de los grandes misterios de que su corazon estaba henchido, de la sublimidad del sacerdocio, y de la excelencia del santo Sacrificio. En la Pascua de Navidad y los domingos siguientes predicó tambien, y siempre su palabra fue igualmente grata á los sábios y á los ignorantes, á los ricos y á los pobres, á los grandes y á los pequeños. Encontraban en su predicacion un encanto particular, que hacia que se le oyera con placer y fruto. Los demás predicadores, siguiendo el mal gusto de su época, recargaban sus discursos de griego y latin, de citas profanas, de alusiones mitológicas, y esta vana ostentacion era la que les adquiria reputacion; él, por el contrario, despreciando la fama, procuraba no decir nada que no tuviera por fin la gloria de Dios y la salvacion de las almas.

La piedad, que es útil á todos, como dice el Apóstol, le habia hecho adivinar el buen gusto de la elocuencia sagrada, ó mas bien se lo habia dado sin que lo buscara.

Hábil desde su principio en el arte de anunciar la palabra de Dios, no era menos celoso en estenderla. Cuanto mas se le oia, mas se queria oirle; se le invitaba por todas partes, y su caridad no sabia rehusar ninguna invitacion: por eso desde los primeros dias de su sacerdocio, su vida fue un continuo apostolado. El dia de la Purificacion, invitado á predicar en Seyssel, ciudad habitada por un gran número de herejes, y situada á diez y seis kilómetros de Ginebra, á la orilla del Ródano, se elevó á una altura de elocuencia, que sobrepujó con mucho á la de sus primeros discursos. Inspirado por el vivo interés que le ofrecia su auditorio, que se componia en parte de fieles

(1) Dep. de la Madre Chaugy.

en contacto diario con los enemigos de la fe, y en parte de protestantes curiosos por oírle; conmovido por el peligro de los primeros, á los cuales se trataba todos los dias de inculcar las nuevas doctrinas, y no menos movido por la desgracia de los que ya habia seducido el error, predica con un acento persuasivo, con un tono de apóstol, con una autoridad, con una energía de lenguaje tales, que confirmaron á los fieles en la fe é hicieron temblar á los herejes. La fama de esta predicacion se extendió por los países circunvecinos hasta el mismo Ginebra; y desde entonces se empezó á ver en él el baluarte mas inespugnable de la fe católica y el adversario mas formidable de la Iglesia reformada, capaz por sí solo de hacer frente á todos los ministros, y de abatirlos por la fuerza de su palabra (1).

Testigo de tan bellos principios, el Obispo de Ginebra derramaba lágrimas de alegría y decia con una humildad digna de su alta virtud: «Dios me ha rehusado el don de la palabra, pero me ha dado un hijo que será mi palabra y mi voz.» (2) Por lo que hace al Señor de Boisy, enmedio de que se alegraba del buen éxito de su hijo, juzgaba de un modo muy diferente que el Obispo de todas aquellas predicaciones, pues no podia aprobar, ni que predicase tan á menudo, ni que hablara con aquella sencillez apostólica, que limitándose á lo que podia ser provechoso á las almas, prescindia de todos los vanos ornamentos de una erudicion inútil. Dejemos á Francisco contarle por sí mismo algunos años despues á Monseñor de Belley (3). «Tenia, dice, el mejor padre del mundo, pero que habia pasado una gran parte de su vida en la corte y en la guerra, cuyas máximas sabia mejor que las de la teología. «Mientras fui Prepósito predicaba en todas ocasiones, tanto en la catedral como en las parroquias, y hasta en las reuniones de cofradías. No sabia lo que era negarme, pues tan

(1) Dep. del canónigo Gard y de Bonard.

(2) Año de la Visitacion 18 de diciembre.

(3) *Espiritu de San Francisco de Sales*, III part., sec. CIX.

»grata me era la palabra de Nuestro Señor: Dad á todos los que os pidan; *Omni petenti à te tribue* (1). Mi buen padre, oyendo tocar al sermon, preguntaba quién predicaba, y le contestaban, ¿quien ha de ser sino vuestro hijo? Un dia me llamó aparte y me dijo: Prepósito, predicadas con demasiada frecuencia; yo oigo hasta en los dias de trabajo tocar á sermon, y siempre me dicen es el Prepósito, el Prepósito. En mi tiempo no sucedia así; los sermones eran mas raros, pero en cambio ¡qué sermones! Dios lo sabe; eran doctos, bien estudiados; se decian maravillas, alegando mas latin y griego que tú en diez de los tuyos; todo el mundo estaba admirado y edificado, acudiendo en gran multitud; se diria que iban á recoger el maná. Ahora practicas ese ejercicio con tanta frecuencia que ya nadie hace caso de él, como tampoco de ti.

»Al decir esto, continúa el hombre de Dios, aquel buen padre decia lo que sentia con toda la franqueza; hablaba segun las máximas del mundo, de que se habia alimentado; pero las máximas evangélicas son de un temple bien diferente. Jesucristo, el espejo de la perfeccion y el modelo de los predicadores, no ha usado de esos miramientos, como tampoco los apóstoles, que han seguido sus huellas. Creedme, nunca se predicará bastante, pues no se puede bastante repetir lo que nunca se sabe suficientemente; *Nunquam satis dicitur quod nunquam sati discitur*, y sobre todo ahora y con la vecindad de la herejía, que no se mantiene sino por las predicaciones, y que no será vencida sino por la predicacion.» En su consecuencia, y no obstante las observaciones de su padre, Francisco continuó sus incesantes predicaciones.

Movidos por tantas instrucciones, que la santidad de su vida realizaba, los fieles acudian en multitud á confesarse con él. Desde muy temprano hasta la mitad del dia, todos los que se presentaban eran siempre bien recibidos;

(1) Luc., VI, 30.

los pobres lo mismo que los ricos, los aldeanos lo mismo que los nobles, sin hacer distincion, como no fuera en favor de los mas necesitados, de los ignorantes y de los enfermos. Su corazon, tan bueno para todos, sentia hácia estos alguna mayor ternura, como el de una madre hácia aquel de sus hijos que sufre. Les hablaba con un acento de caridad que los traspasaba; los pobres se deshacian en lágrimas, que hacia correr el dolor de sus pecados escitado por la uncion de una palabra tan suave; y el santo confesor, compadeciendo su indigencia, que á menudo no les habia dejado con qué enjugar su rostro inundado en llanto, les prestaba para enjugarlo su propio pañuelo, olvidando así, con una caridad verdaderamente maternal, los disgustos y repugnancias que la naturaleza debia encontrar en este servicio, sobre todo en un joven criado con toda la delicadeza de la mas esquisita limpieza (1). Si apercibia algun ciego dirigiéndose á tientas á su confesonario, salia prontamente de él, y le llevaba del brazo al lugar donde debia confesarse; si era un paralítico que se sostenia dificilmente sobre sus piernas enfermas, iba á servirle de apoyo, y le ayudaba á ponerse de rodillas si podia, ó se lo dispensaba cuando la enfermedad se lo hacia algun tanto dificil. Si eran pobres vergonzantes los que le confiaban el secreto de su miseria, les hacia limosnas proporcionadas á sus necesidades; y para que no le encontraran desprovisto, llevaba siempre consigo varias sumas de dinero envueltas en pequeños paquetes, que distribuia segun las ocasiones (2).

Entre la multitud que rodeaba el tribunal de este caritativo confesor, se encontró un dia una desgraciada, bastante atrevida para decirle la pasion impura en que se abrasaba, con el fin de tentarle y seducirle. El santo sacerdote, en el primer momento de la sorpresa, creyéndola poseida del demonio, empezó por pronunciar sobre ella

(1) Carlos Aug., p. 68.—La Riviere, p. 118.

(2) Idem, p. 68.

exorcismos secretos, por los cuales mandaba, con la señal de la cruz, al espíritu impuro que saliera de aquella alma; luego, exhortándola fuertemente á la penitencia, le pintó con los mas vivos colores el rigor de los juicios de Dios y los fuegos eternos del infierno. Estas santas demostraciones no lograron mas que irritarla; furiosa por verse despreciada prorumpió en injurias, hasta vomitar contra él las palabras mas obscenas. Francisco, en vez de ofenderse, respondió con dulzura: «¡Ay! ¡cuánta compasion me causais! Sois á los ojos de Dios y de sus ángeles como el cadáver de Lázaro en la tumba, que exhalaba un olor infecto de muerte; ruego al Señor os saque, por su gracia, de este horrible estado.» No tuvo tiempo de decir mas; los gritos de rabia de la desgraciada ahogaron su voz, y las personas que estaban en la iglesia, oyendo los ultrajes que proferia contra el santo sacerdote, se apresuraron á ponerla en la puerta. En cuanto á él, su compasion no abandonó á aquella pobre alma extraviada; rogó por ella con fervor, y sus oraciones fueron escuchadas. Algun tiempo despues volvió, habiendo reconocido sus yerros, y lavó sus culpas en la amargura de un sincero arrepentimiento (1).

Tanto celo por el ministerio de la confesion, le valió á Francisco ser presentado por el cabildo al Obispo de Ginebra para el cargo de gran penitenciario, aunque no tenia aún mas que veintisiete años, y fue nombrado para este oficio por el Prelado, en virtud de un mandato del Cardenal Mattei, que le habia delegado á este efecto. Revestido de esta dignidad, se consagró con nuevo ardor á la direccion de las conciencias, y se manifestó en todo su esplendor el don maravilloso que habia recibido del cielo para este ministerio. Mandó hacer á sus espensas un confesonario, que colocó en la catedral cerca de la puerta principal; y como se le manifestase admiracion por haber

(1) Carlos Aug., p. 68.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV., sec. XXXVII.

escogido aquel lugar con preferencia á tantos otros mas cómodos y mas honoríficos: «La razon que tengo para ello es muy sencilla, contestaba con una humilde sonrisa; es que el buen pastor debe mantenerse á la puerta, para llamar á las ovejas y volverlas al aprisco; y además, está escrito que la muerte entra por las ventanas y el buen pastor por la puerta.» (1) Razon sin duda poco sólida, pero suficiente para disimular su humildad, que tomaba siempre lo peor para sí y dejaba lo mejor para los otros.

La gloria que resultaba á Francisco de tantos trabajos apostólicos, estaba aún realzada por la perfeccion con que desempeñaba todas las funciones de su ministerio y los ejercicios de su vida privada. Todo el mundo estaba admirado, no recordando haber visto nunca nada tan perfecto en el clero; se proclamaba por todas partes que sería el restaurador del estado eclesiástico; y aun desde entonces, sus santos ejemplos determinaron á varios á abrazar una vida mas cristiana y mas sacerdotal (2).

Entre tanto el Señor de Boisy, no pudiendo resolverse á renunciar á los designios de grandeza y elevacion que habia concebido sobre su hijo, hizo nuevas tentativas para determinarle á unir con la dignidad de prepósito la de senador, que le ofrecia el Principe de Saboya. Le suplicó y le rogó con instancia no le rehusara este consuelo y esta gloria, uniéndose toda la familia á sus solicitudes. Antonio Favre, su ilustre amigo, añadió todos los medios de persuasion, haciendo resaltar, en una larga carta (3) que le dirigió con este motivo, los grandes bienes que un hombre de su mérito podria hacer en la dignidad de senador; las ventajas que encontraria en estudiar alternativamente la jurisprudencia y la teología, dos ciencias que tienen tantos puntos de contacto, esclareciéndose tan á

(1) *Año de la Visitacion*, 17 de diciembre.

(2) Dep. de la Madre Chaugy.

(3) Carta I.

menudo la una á la otra; la mútua felicidad que disfrutaria con relaciones mas íntimas y frecuentes; en fin, el ejemplo de su predecesor, que era á la vez prepósito y senador.

El Señor de Arandas, consejero del Duque de Saboya, le instó á su vez en varias cartas se rindiese á tantas súplicas (1); pero todo fue inútil. El santo sacerdote opuso á todas estas instancias la misma respuesta que habia dado el año precedente: que no queria dividirse entre Dios y el mundo; que San Pablo prohíbe al que ha entrado en la milicia santa, mezclarse en los negocios seculares; que se sentia incapaz de llevar dos cargas tan pesadas, como son las de prepósito y senador; que un alma dedicada á varias cosas, hace menos bien cada una de ellas; que no ocupándose la jurisprudencia sino de los intereses temporales, no debia él ligar lo sagrado á lo profano; que Chambery estaba demasiado lejos de Annecy para poder desempeñar los dos cargos á la vez; que tendria escrúpulo en ocupar un lugar que otro ocuparia mas útilmente para el bien público; que por lo demás, su carácter era muy opuesto á los pleitos y litigios; y que, tanto por gusto como por deber, queria consagrarse exclusivamente al ministerio eclesiástico, conforme á las obligaciones del sacerdocio, que le habia confiado el cuidado de las almas y no el de los cuerpos (2).

Todas estas razones, lejos de satisfacer al Señor de Boisy, no cambiaron en nada sus miras, mas humanas que cristianas, dejándole lleno de pena y dolor: tan cierto es que los santos tienen un modo de ver y juzgar, que los hombres del mundo no son capaces de apreciar. «Yo no sé verdaderamente, decia este buen padre, lo que al Prepósito se le ha metido en la cabeza: esta obstinacion en rehusar un lugar tan ventajoso, es una cosa inconcebi-

(1) Carlos Aug., p. 67.

(2) Idem, p. 68.

»ble al mismo tiempo que desconsoladora.» (1) Sin embargo, su estimacion para su hijo no habia disminuido, y en todas ocasiones, por el contrario, le daba testimonio de su veneracion; tenia gusto en oír su Misa, en comulgar de su mano, y en asistir á todos sus sermones. Hizo mas aún; le escogió para depositario y guia de su conciencia: cada quince dias, ó lo mas tarde cada mes, venia á ponerse á los pies de aquel hijo venerado, para confesarse con él; y aun en las épocas que residió en el castillo de Sales, hacia con gusto el viaje de Annecy, para tener la dicha de recibir los consejos de un director tan ilustrado y tan piadoso (2).

Este ejemplo hizo nacer en toda la familia el deseo de confesarse con el hombre de Dios, y prestándose á ello este con gusto, todos, desde la Señora de Boisy hasta los criados, le tomaron por su director. Como le habian visto siempre tan piadoso y fervoroso desde su mas tierna edad, tenian en él la confianza que se tiene en los santos; y él por su parte, correspondiendo á esta confianza, trabajó con un celo tierno y asiduo en santificar á aquellas almas que le eran amadas por tantos títulos. Corrigió los defectos de cada uno con dulces y caritativas advertencias; les hizo amar y practicar las virtudes con sus consejos y suaves exhortaciones; y bien pronto, gracias á su sábia direccion, toda aquella feliz familia fué una familia modelo, donde reinaba el mas puro espíritu del cristianismo. Tuvo sobre todo un cuidado especial del joven Luis de Sales, que por su parte le profesaba el mas tierno afecto. Este virtuoso joven no conocia felicidad mayor que la de estar con su santo hermano; le acompañaba á todas partes donde su posicion se lo permitia, siguiéndole hasta en las reuniones eclesiásticas, las juntas y conferencias del clero, sacrificando á ello con gusto las diversiones y la ruidosa compañía de los jóvenes de su edad. «Os ruego, le

(1) Carta II.

(2) Hauteville, p. 189.

»decia, me permitais estar siempre á vuestro lado, como »el discípulo cerca de su maestro, para aprender de vuestra boca, con los secretos de la vida cristiana, las hermosas enseñanzas de la filosofía y de la teología que »creais útiles á mi instruccion.» (1)

Este trato tan frecuente con un Santo fue tan provechoso al joven Luis, que en poco tiempo hizo los mas rápidos progresos en todas las virtudes; se agregó á la cofradía de la Santa Cruz, y entrando en el espíritu de esta piadosa asociacion, no solamente se dedicó á regular su vida sobre los grandes ejemplos de Jesus crucificado, sino que procuró inspirar á los fieles el amor, el estudio y la imitacion de este adorable modelo de los escogidos; y para conseguirlo mejor, compuso en verso un elogio de la Cruz, que fue juzgado digno de la impresion. No fue menos notable por su piedad á la Madre de Dios: honraba todos los dias con un culto especial su Concepcion inmaculada; y esta Virgen pura le recompensó con el don de una perfecta castidad, acompañada de un tacto incomparable para atraer los corazones á estimarle y amarle. Obligado por su posicion en la corte á estar á menudo en relaciones con personas de otro sexo, sabia, sin dejar de conducirse como el mas cortés caballero, hacer amar y apreciar la virtud con su aire de perfecta modestia, por medio de máximas y conversaciones propias para realzar su precio; siendo ingenioso en hacer notar que, aun á juicio del mundo, un aire modesto, juicioso y reservado, es el mas bello adorno de la hermosura; que aunque los corazones corrompidos se complacen con aquellos que se les parecen, piensan de un modo muy diferente cuando se trata de escoger un esposo ó una esposa. «Entonces, decia, prefieren las »personas que ofrecen por garantía de su fidelidad, de sus »costumbres y de la dulzura de su trato, un exterior com- »puesto y una conducta verdaderamente cristiana.» (2).

(1) Hauteville, p. 252.

(2) Idem, p. 257.